

Carta

BEATIFICACIÓN DE 522 MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA EN EL AÑO DE LA FE 2012-2013

Cinco nuevos mártires de nuestra Archidiócesis

1 de octubre de 2013

El 13-10-2013, en Tarragona, donde la tradición martirial se remonta al año 259, en el que fueron martirizados el obispo Fructuoso y los diáconos Augurio y Eulogio, tendrá lugar la beatificación de 522 mártires que sellaron su fe con la sangre en los convulsos años treinta del siglo pasado, cuando se rompió gravemente nuestra convivencia como pueblo. Cinco religiosos de nuestra Archidiócesis forman parte de este grupo: tres Hermanos de las Escuelas Cristianas (Evencio, nacido en Quintanilla de Abajo; Gregorio, nacido en Bolaños de Campos; y Teodoro, nacido en la ciudad de Valladolid) y dos Misioneros Claretianos (Melecio y Otilio, nacidos en Bustillo de Chaves). Nuestra Archidiócesis se siente honrada con la vida, el martirio y la beatificación de estos amigos de Dios y hermanos nuestros que nos han precedido en la fe. Con estas líneas invito a todos a dar gracias a Dios y a pedirle que la fidelidad que demostraron nos aliente en el seguimiento de Él. Cuando está declinando el Año de la fe, esta beatificación multitudinaria es un precioso colofón. En la cercanía de la fiesta de la beatificación, permitidme unas consideraciones sobre el sentido de la misma y del martirio.

a) Serán beatificados, es decir, solemnemente declarados, por el delegado del Papa y en su nombre, bienaventurados, dichosos, felices. La beatificación es como un eco de las palabras de Jesús en el Evangelio que invitan al siervo bueno y fiel a entrar en el gozo del Señor (cf. Mt 25,21.23; Lc 12,35-40). La alegría es signo de la presencia de Dios (cf. Lc 2,10) y de la renovación del corazón por el Espíritu Santo (cf. Lc 11,27-28; Hch 2,46; Ga 5,22). Dios es fuente de paz y gozo. Porque Dios no es triste, se comprende aquella genial e ingeniosa expresión de santa Teresa de Jesús: «*Un santo triste es un triste santo*». Hoy, en medio de las perturbaciones del mundo, «*aún es posible la alegría*» (José María Cabodevilla). La beatificación es el broche de una vida iluminada por el conocimiento interno de Dios, por su amor y por el servicio en la Iglesia y en los necesitados, ya que a esta forma de vivir le está prometida la alegría evangélica. Con la beatificación, la Iglesia pone ante nuestra mirada el testimonio de los mártires, que rubricaron con la entrega de la vida su adhesión al Señor. Si la tristeza y la muerte son salario del pecado, en la comunión con Dios y en la santidad se genera alegría, que es compatible con los trabajos y sufrimientos por el reino de Dios. La beatificación significa que nuestro destino es el gozo eterno.

b) La fe sin obras es estéril (cf. St 2,20); la fe actúa por la caridad (cf. Ga 5,7), ya que la fe abre al amor y el amor retroalimenta la fe; fe y caridad son inseparables, se refuerzan mutuamente y deben caminar unidas. Por eso, las obras del amor avalan la autenticidad de la fe. «*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando*» (Jn 15,13-14). El martirio es, consiguientemente, proclamación del Evangelio y testimonio de la fe; una prueba fehaciente de que el amor de Dios puede llegar hasta el extremo (cf. Jn 13,1). Aunque humanamente sea incomprensible, los mártires, apoyando su fragilidad en la fuerza de Dios, pudieron afrontar su muerte serenos, gozosos y hasta cantando, como podemos leer en las actas de su martirio. El martirio es una especie de "prueba de calidad" de la fe y del amor cristianos. Cuando la persona es incapaz de entregar la vida por nada ni por nadie, es indicio de que nada ni nadie llena su corazón. Lo que nos impulsa a vivir con dedicación plena, nos capacita para vivir con entrega sacrificada.

c) Los mártires no eligieron por su cuenta el martirio, ni se presentaron para morir ante sus perseguidores fiándose de sus fuerzas. Murieron, por una parte, palpando su debilidad, y, por otra, fortalecidos con el poder de Dios. Todo lo pudieron en Aquel que les dio fuerzas (cf. 2Co 12,9-10). Puestos los mártires ante la alternativa —no provocada por ellos, sino forzada irrevocablemente por otros— que se planteaba en los términos siguientes: "o reniegas de tu fe y salvarás la vida, o, si te empeñas en mante-

ner la fe, la condición de cristiano, tu vocación y el seguimiento de Jesús, te matamos”, ellos prefirieron la muerte por Dios; le hicieron el obsequio de su vida, con la certeza de que Dios es fiel y mantiene su alianza. Es admirable la confianza en Dios, valentía y fidelidad de los mártires. Fortalecidos por la oración, los sacramentos y la animación mutua, soportaron tormentos a veces terribles; amaron a Dios sobre todas las cosas, también sobre su propia vida, que habían recibido de Él y a la que nunca hubieran puesto término por desesperación.

d) Murieron sin rencor, perdonando a los que los mataban; no murieron con el corazón envenenado ni clamando a Dios venganza. Aprendieron el ejemplo de Jesús: *«Al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia»* (1P 2,23). En muchos casos, los mártires pronunciaron el perdón cara a cara ante sus perseguidores. Los mártires son un despertador de nuestras vidas adormecidas, un impulso para nuestra fidelidad diaria, también en medio de las pruebas (cf. Hb 12,1-4). ¡Que los mártires, nuestros amigos, familiares y hermanos en la fe, intercedan por nosotros, que caminamos entre las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios!

e) Los mártires no son beatificados contra nadie. La celebración del día 13 en Tarragona no tiene como finalidad reabrir heridas o mantenerlas abiertas. La Iglesia tiene el deber de hacer memoria de nuestro Señor Jesucristo (cf. 2Tm 2,8 ss.) y de sus servidores más destacados, ya que glorificaron de manera eminente el poder de Dios en su debilidad, y son para nosotros estímulo, ejemplo e intercesores. Al beatificar a los mártires del siglo XX en España, la Iglesia quiere recibir el mensaje de su muerte: “Perdonaos, trataos como hermanos, vivid en paz”. ¡Que su martirio sea una lección también para nuestra generación!

ARZOBISPO

Ricardo Blázquez Pérez

Carta

BEATIFICACIÓN DE 522 MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA EN EL AÑO DE LA FE 2012-2013

Cinco nuevos mártires de nuestra Archidiócesis

1 de octubre de 2013

El 13-10-2013, en Tarragona, donde la tradición martirial se remonta al año 259, en el que fueron martirizados el obispo Fructuoso y los diáconos Augurio y Eulogio, tendrá lugar la beatificación de 522 mártires que sellaron su fe con la sangre en los convulsos años treinta del siglo pasado, cuando se rompió gravemente nuestra convivencia como pueblo. Cinco religiosos de nuestra Archidiócesis forman parte de este grupo: tres Hermanos de las Escuelas Cristianas (Evencio, nacido en Quintanilla de Abajo; Gregorio, nacido en Bolaños de Campos; y Teodoro, nacido en la ciudad de Valladolid) y dos Misioneros Claretianos (Melecio y Otilio, nacidos en Bustillo de Chaves). Nuestra Archidiócesis se siente honrada con la vida, el martirio y la beatificación de estos amigos de Dios y hermanos nuestros que nos han precedido en la fe. Con estas líneas invito a todos a dar gracias a Dios y a pedirle que la fidelidad que demostraron nos aliente en el seguimiento de Él. Cuando está declinando el Año de la fe, esta beatificación multitudinaria es un precioso colofón. En la cercanía de la fiesta de la beatificación, permitidme unas consideraciones sobre el sentido de la misma y del martirio.

a) Serán beatificados, es decir, solemnemente declarados, por el delegado del Papa y en su nombre, bienaventurados, dichosos, felices. La beatificación es como un eco de las palabras de Jesús en el Evangelio que invitan al siervo bueno y fiel a entrar en el gozo del Señor (cf. Mt 25,21.23; Lc 12,35-40). La alegría es signo de la presencia de Dios (cf. Lc 2,10) y de la renovación del corazón por el Espíritu Santo (cf. Lc 11,27-28; Hch 2,46; Ga 5,22). Dios es fuente de paz y gozo. Porque Dios no es triste, se comprende aquella genial e ingeniosa expresión de santa Teresa de Jesús: «*Un santo triste es un triste santo*». Hoy, en medio de las perturbaciones del mundo, «*aún es posible la alegría*» (José María Cabodevilla). La beatificación es el broche de una vida iluminada por el conocimiento interno de Dios, por su amor y por el servicio en la Iglesia y en los necesitados, ya que a esta forma de vivir le está prometida la alegría evangélica. Con la beatificación, la Iglesia pone ante nuestra mirada el testimonio de los mártires, que rubricaron con la entrega de la vida su adhesión al Señor. Si la tristeza y la muerte son salario del pecado, en la comunión con Dios y en la santidad se genera alegría, que es compatible con los trabajos y sufrimientos por el reino de Dios. La beatificación significa que nuestro destino es el gozo eterno.

b) La fe sin obras es estéril (cf. St 2,20); la fe actúa por la caridad (cf. Ga 5,7), ya que la fe abre al amor y el amor retroalimenta la fe; fe y caridad son inseparables, se refuerzan mutuamente y deben caminar unidas. Por eso, las obras del amor avalan la autenticidad de la fe. «*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando*» (Jn 15,13-14). El martirio es, consiguientemente, proclamación del Evangelio y testimonio de la fe; una prueba fehaciente de que el amor de Dios puede llegar hasta el extremo (cf. Jn 13,1). Aunque humanamente sea incomprensible, los mártires, apoyando su fragilidad en la fuerza de Dios, pudieron afrontar su muerte serenos, gozosos y hasta cantando, como podemos leer en las actas de su martirio. El martirio es una especie de "prueba de calidad" de la fe y del amor cristianos. Cuando la persona es incapaz de entregar la vida por nada ni por nadie, es indicio de que nada ni nadie llena su corazón. Lo que nos impulsa a vivir con dedicación plena, nos capacita para vivir con entrega sacrificada.

c) Los mártires no eligieron por su cuenta el martirio, ni se presentaron para morir ante sus perseguidores fiándose de sus fuerzas. Murieron, por una parte, palpando su debilidad, y, por otra, fortalecidos con el poder de Dios. Todo lo pudieron en Aquel que les dio fuerzas (cf. 2Co 12,9-10). Puestos los mártires ante la alternativa —no provocada por ellos, sino forzada irrevocablemente por otros— que se planteaba en los términos siguientes: "o reniegas de tu fe y salvarás la vida, o, si te empeñas en mantener la fe, la condición de cristiano, tu vocación y el seguimiento de Jesús, te matamos", ellos prefirieron la muerte por Dios; le hicieron el obsequio de su vida, con la certeza de que Dios es fiel y mantiene su alianza. Es admirable la confianza en Dios, valentía y fidelidad de los mártires. Fortalecidos por la oración, los sacramentos y la animación mutua, soportaron tormentos a veces terribles; amaron a Dios sobre todas las cosas, también sobre su propia vida, que habían recibido de Él y a la que nunca hubieran puesto término por desesperación.

d) Murieron sin rencor, perdonando a los que los mataban; no murieron con el corazón envenenado ni clamando a Dios venganza. Aprendieron el ejemplo de Jesús: «*Al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia*» (1P 2,23). En muchos casos, los mártires pronunciaron el perdón cara a cara ante sus perseguidores. Los mártires son un despertador de nuestras vidas adormecidas, un impulso para nuestra fidelidad diaria, también en

medio de las pruebas (cf. Hb 12,1-4). ¡Que los mártires, nuestros amigos, familiares y hermanos en la fe, intercedan por nosotros, que caminamos entre las tribulaciones del mundo y los consuelos de Dios!

e) Los mártires no son beatificados contra nadie. La celebración del día 13 en Tarragona no tiene como finalidad reabrir heridas o mantenerlas abiertas. La Iglesia tiene el deber de hacer memoria de nuestro Señor Jesucristo (cf. 2Tm 2,8 ss.) y de sus servidores más destacados, ya que glorificaron de manera eminente el poder de Dios en su debilidad, y son para nosotros estímulo, ejemplo e intercesores. Al beatificar a los mártires del siglo XX en España, la Iglesia quiere recibir el mensaje de su muerte: "Perdonaos, trataos como hermanos, vivid en paz". ¡Que su martirio sea una lección también para nuestra generación!